

***Propagandistas confederales
entre el sindicato y el anarquismo.
La construcción barcelonesa
de la CNT en Cataluña, Aragón,
País Valenciano y Baleares***

Pere Gabriel

Universitat Autònoma de Barcelona

Es más bien un tópico: a menudo Barcelona ha sido considerada la capital del anarquismo y anarcosindicalismo hispanos. Sin duda, una de las pruebas sería la capitalidad ejercida desde la CNT a lo largo de buena parte de la primera mitad del siglo xx. No se trata de negar lo mucho de cierto que pueda haber en la afirmación, pero aquí pretendo entrar un tanto en la discusión de la cuestión, a través principalmente de uno de sus aspectos, el de la influencia ejercida por los propagandistas confederales barceloneses en la configuración inicial de la CNT, muy especialmente en Aragón, Valencia y Baleares ¹.

Tengamos en cuenta, de entrada, que esta imagen genérica de Barcelona, capital del anarcosindicalismo hispano, deberíamos entre todos matizarla. Quisiera avanzar que, ciertamente, me parece potente y concreta la relación de un determinado «barcelonismo» anarcosindicalista y anarquista —y espero aportar argumentos en esta dirección— con el cenetismo en el área geográfica aquí considerada. Ahora bien, la también larga e intensa relación entre el anarcosindicalismo andaluz y Barcelona me parece mucho más genérica. Como es bien conocido, en la dirección barcelonesa de la CNT hubo a menudo

¹ En este artículo usaré situaciones y ejemplos del primer tercio del siglo xx, y, de manera algo más precisa, de 1910-1912 y 1917-1923. Pero en ningún caso debe esperarse un resumen o síntesis ordenada de la evolución de la CNT y, menos aún, del anarquismo y anarcosindicalismo. Tampoco, referencias amplias bibliográficas y documentales.

andaluces, pero no es tan clara la dependencia concreta inicial de la CNT de Andalucía respecto de los hombres de Barcelona, ni la existencia de caminos de vuelta hacia la construcción de la CNT en Andalucía de andaluces significados del propagandismo barcelonés. Esto no niega el impacto, claro está, de las famosas campañas de propaganda de 1919 o de 1930-1931, y más aún una intensa relación publicista con Andalucía de determinados núcleos de prensa de Barcelona, como el de la familia Urales. En cualquier caso, fue ya muy distinta y peculiar la dinámica de configuración de la CNT en el resto de España, con polos y ejes muy propios –y más alejados de la dinámica barcelonesa– en Madrid, La Coruña, Gijón o Bilbao.

Hablo de incidencia «barcelonesa» y espero que se me entienda correctamente. Aquellos años, por decirlo así, confederales, fueron años de construcción de una nueva ciudad, no ya urbanísticamente sino socialmente. Una nueva Barcelona, muy especialmente la popular y obrera, llena de recién llegados, catalanes o no, que iba a mantener abiertos un gran número de caminos y relaciones de ida y vuelta con Europa –Francia e Italia fundamentalmente–, América –incluidas determinadas áreas de Estados Unidos– y, lógicamente, España. En relación a la CNT, la organización de Barcelona y en general de Cataluña se levantó desde la presencia muy activa de dirigentes y propagandistas confederales más o menos recién llegados a Barcelona, que conservaron regulares contactos con los lugares de procedencia². Es en este sentido que, según creo, puede afirmarse que la CNT de Aragón, País Valenciano y Baleares estuvo en gran medida mediatizada –o al menos auspiciada de forma muy directa– por hombres y mujeres de experiencia y residencia barcelonesa.

De alguna forma, la CNT fue una apuesta de unos propagandistas que intentaron –y lograron– la puesta en marcha de una central sindical, a la que dotaron de una determinada ideología y doctrina, en un modelo alternativo y distinto al del ugetismo psóista. Ello no debiera confundirse sin más con la realidad de un crecimiento de un movimiento sindical que contaba especialmente en Cataluña con hombres y dirigentes de una larga trayectoria y continuidad. Es importante no obviar la diferenciación que existió entre «propagandistas» de la CNT («los de la CNT»), como acostumbraban

² No debe minimizarse la significación del hecho que fueran normalmente inmigrados los que se encargaron de la dirección del Comité Nacional de la CNT a partir de 1915-1916.

a recordar muchos afiliados de la época) y cuadros sindicales (los «hombres de los sindicatos»). Como sabemos, cualquier definición es ambigua, pero el propagandista era tanto aquel que asumía el papel de difusor y creador de doctrina a través de una tarea publicista y oratoria intensa, como aquel más dado al gesto y la acción, eso sí con una voluntad de trascendencia general para el movimiento. Resérvese, a su vez, el término de «dirigente y cuadro sindical» a aquel hombre –en alguna ocasión incluso aquella mujer– más inclinado a la práctica y la organización sindical del día a día, que puede sin duda aceptar y considerar como suyo el discurso de los propagandistas, pero que no acostumbra a ser normalmente un activo hacedor de dicho discurso. Significativamente, pocos propagandistas iban a ser en el cenetismo hombres de sindicato, aunque no debamos en absoluto limitar su alcance exclusivamente a los anarquistas. Muchos sindicalistas fueron también propagandistas y en muchos aspectos las tensiones y rupturas que afectaron a la CNT fueron escisiones y debates entre propagandistas, que –y eso es básico– supieron arrastrar e implicar buen número de cuadros y dirigentes sindicales de base ³.

³ En el debate se entrecruzaron así dos fenómenos: el de la dinámica de una determinada y potente cultura política obrera, el del anarquismo y anarcosindicalismo, y el de las expresiones de unas reivindicaciones mejor o peor formuladas, que se derivaban de unas situaciones de una determinada realidad social, política y económica del mundo más popular y obrero del momento. Está claro que por debajo de las disputas de los propagandistas, y de manera fundamental, debíamos considerar la importancia de estas realidades más estructurales en transformación acusada, que nos ayudarían a explicar y dotar de sentido tanto las polémicas en relación con la CNT, como la diferenciación de las culturas políticas y sindicales ugetista o cenetista en la coyuntura marcada por la Guerra Mundial. De cualquier modo, el alcance de este artículo es mucho más modesto. A mencionar eso sí, para los años treinta, las aproximaciones efectuadas sobre todo por Susanna Tavera y Anna Monja en distintos trabajos. Por ejemplo, y respectivamente, TAVERA, S.: «Revolucionarios, publicistas y bohemios: los periodistas anarquistas (1918-1936)», en HOFMANN, B.; JOAN, P., YTIETZ, M. (eds.): *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1995, y MONJO, A.: *La CNT durante la II República a Barcelona: líderes, militantes, afiliats*, Tesis Doctoral, Universitat de Barcelona, 1993. Aquí yo he partido de mi Tesis Doctoral, GABRIEL, P.: *Clase Obrera i Sindicats a Catalunya, 1903-1920*, Universitat de Barcelona, 1981.

La CRT de Cataluña y la CNT. ¿Quién hizo la CNT de 1919?

En 1909-1910, más allá de lo que estaba significando Solidaridad Obrera, los grandes nombres del anarquismo barcelonés eran Mariano Castellote, Francisco Cardenal, Francisco Miranda y Tomás Herreros (1866-1937). Eran los que la policía detenía y controlaba en cuanto corría algún rumor de atentado o movimiento insurreccional. Ninguno era catalán, pero ya llevaban muchos años en Barcelona y aparecían como portavoces representativos de una de las múltiples caras sociales de la ciudad. El más joven, Miranda, un encuadernador, era el hijastro de Castellote y ahijado de Anselmo Lorenzo (estaba unido a una hija de Lorenzo). Constituían un núcleo algo encerrado en sí mismo, con actitudes que alentaban el anarquismo de acción. Sólo Herreros mantenía una relación abierta e intensa con el conjunto del movimiento a través de su famosa librería de viejo en Santa Madrona y, sobre todo, *Tierra y Libertad*. Habían quedado en la ciudad como los garantes de la ortodoxia (al menos de una determinada imagen del anarquismo) tras la desaparición de la escena del grupo de Leopoldo Bonafulla -Joan Baptista Esteve (1860-1930)- y Teresa Claramunt, Sebastia Suñé († 1938), José López Montenegro (1832-1908), etc.

Fue una generación que iba a quedar fuera del primer plano a partir de la reconstrucción de la CNT en 1917 (aunque Miranda fuese secretario del Comité Nacional coincidiendo con el movimiento de agosto y Herreros continuase alimentando el anarquismo más doctrinal a través de *Tierra y Libertad*). La sustitución no fue sólo de los anarquistas. También los anarcosindicalistas que habían levantado la CNT en 1910 se apartaron o fueron arrinconados. Piénsese en los ejemplos también muy notables de Josep Negre († 1939) o Josep Prat (1867-1932).

En la inmediata preguerra del 1914 el movimiento obrero español pasó a estar en las manos de una nueva generación. Se pretendía ahora y en general romper con los parámetros ochocentistas, unos parámetros que en gran medida habían girado alrededor de una lectura sindicalista de la Primera Internacional y la aceptación acrítica del pensamiento de tradición liberal y librepensadora y el positivismo de corte evolucionista. Para muchos jóvenes militantes obreristas, y entrados ya de lleno en el nuevo siglo :xx, el movimiento obrero

del ochocientos parecía agotado, una historia de abuelos. En el fondo, la principal queja, bastante injusta por lo demás, era que muchos dirigentes, sobre todo aquéllos más abocados al societarismo, habían aceptado la marginalidad y la invisibilidad social del movimiento. Así, el formal y retórico respeto hacia los viejos transpiraba la obsesión por reencontrar para el movimiento obrero un lugar visible y heroico.

Continuaba, en el contexto catalán, la centralidad de Barcelona como principal eje impulsor y articulador del movimiento obrero. Ahora bien, la nueva generación iba a ser menos «barcelonesa» en el sentido decimonónico del término, no tanto por el hecho de contar con muchos recién llegados, sino por la acusada y muy creciente movilidad «catalana» y, más allá, peninsular, europea y americana de los jóvenes militantes. Una parte importante del nuevo propagandismo, además, constituía un grupo dado al publicismo escrito y al periodismo que pretendía entrar en el mundo abigarrado y difuso de las tertulias y peñas de la ciudad, a través de las cuales justamente se estaba articulando la nueva clase política e intelectual catalana. Asimismo, en los ambientes populares y obreros, el debate sindical y anarcosindicalista había dejado de estar con el federalismo democrático. Ahora el combate ideológico debía afrontar, por un lado, el republicanismo lerrouxista y radical y, por el otro, el republicanismo nacionalista catalanista.

La historia sociológica y profesional de los principales propagandistas obreros barceloneses dibuja unas etapas bastante claras: primero fue la generación educada en los años internacionalistas, dominante en las décadas de los ochenta y noventa del siglo XIX; después llegó el turno de los hombres de 1906-1914, protagonistas de Solidaridad Obrera y la fundación de la CNT, cuando empezó a ser insistente el reclamo de la «novedad» de un «nuevo» movimiento obrero frente al carácter «viejo» del obrerismo ochocentista; finalmente, llegaron los jóvenes de los años de la guerra europea, aquellos que iban a dominar los debates y las actuaciones del movimiento obrero catalán de los años veinte y treinta.

En el primer caso, fueron los maestros y tipógrafos (sectores implicados en tareas intelectualizadas y culturales) quienes dominaron el publicismo y la elaboración teórica del anarquismo y anar-

cosindicalismo⁴. Esto contrastaba con una mayor presencia de cuadros técnicos y especialistas de oficio de la industria, especialmente textil, pero también de la construcción, al frente del obrerismo y socialismo reformistas. Después, en 1906-1914, reencontraron su protagonismo aquellos dirigentes sindicales más implicados en el trabajo manual y el abanico de oficios representados iba a ser amplio. No disminuyó el papel del mundo de la tipografía y de la industria del libro pero pasó a estar acompañado por hombres del metal (cerrajeros, lampistas y hojalateros especialmente) y de oficios especializados de la construcción, como los pintores⁵. En una situación nueva, ahora la presencia de maestros y hombres de letras aparecía como *paralela*, como otra cosa; empezaron a ser considerados unos teóricos, unos intelectuales *próximos* al movimiento obrero.

En aquella inmediata preguerra en Barcelona, con una nómina de dirigentes obreros conocidos no demasiado extensa, la dinámica ideológica del publicismo aparecía dictada por la actuación de unos pocos núcleos refugiados en unas muy determinadas instituciones. Así se explica el impacto y el ruido que se produjo, por ejemplo, alrededor de la Escuela Moderna creada por Francesc Ferrer Guardia, o de la imprenta cooperativa La Neotipia y del diario republicano *El Progreso* fundado por Alejandro Lerroux. Eran en la práctica importantes lugares de trabajo para los militantes más intelectualizados del momento. En la editorial de la Escuela Moderna trabajaban anarquistas al lado de republicanos, federales y masones (entre otros, el anarquista Anselmo Lorenzo, el republicano Juan Colominas Maseras y el viejo federal y librepensador Cristóbal Litrán)' Por su lado, los maestros de la Escuela alimentaban y dirigían un sindicato de profesores racionalistas. Así, al margen de su mayor o menor impacto

⁴ Algunos nombres: Rafael Farga Pellicer, Josep Lluís i Pujals, Anselmo Lorenzo, Martí Borràs, Pere Esteve, Joan B. Esteve; por su lado, también, López Montenegro, Joan Montseny, Teresa Mañé, Sebastia Suñé, Ferran Tarrida, Josep Prat, etc.

⁵ La dependencia mercantil tuvo, por otra parte, un especial peso dentro del socialismo reformista del siglo xx (Antoni Badia Matamala ayudado por Antoni Fabra Ribas). En el textil, especialmente entre los cuadros especializados, la hegemonía ideológica derivaba del viejo reformismo decimonónico y continuaban activas las viejas Tres Clases de Vapor que copaban las representaciones obreras en la Junta Local de Reformas Sociales de Barcelona (a través de un consolidado dirigente de «antes» como Ramón Fontanals); también era importante el Centro Industrial de Cataluña (encabezado por otra de las figuras del ochocientos, el cooperativista Josep Roca i Gales).

educativo popular efectivo, la Escuela Moderna de Ferrer Guardia permitía mantener unas estrechas relaciones entre el viejo republicanismo revolucionarista ochocentista, el anarquismo defensivo y ortodoxo de Anselmo Lorenzo y su familia, y la naciente apuesta sindicalista del movimiento de Solidaridad Obrera, el antecedente inmediato de la CNT. En La Neotipia (fundada por un grupo de antiguos anarquistas como sociedad colectiva y posteriormente autotitulada «taller comunista») y en los talleres de *El Progreso* trabajaban muchos de los dirigentes tipógrafos del momento. Se entiende así que el despido de uno de los jefes de taller (el anarquista Tomás Herreros) se convirtiese en un importante conflicto sindical a lo largo de 1908-1910 Y sirviera a la postre para diferenciar más claramente el anarcosindicalismo de Solidaridad Obrera del republicanismo lerrouxista. Frente a estos núcleos, entremezclados con situaciones laborales personales y siempre enredados en la tupida red de las disputas republicanas del momento, «los nuevos» iban a crear sus propias instancias ideológicas, con mayor autonomía. Los anarquistas y anarcosindicalistas dominaron muy pronto el Ateneo Sindicalista de Barcelona, inaugurado el 3 de julio de 1909 en el local de las sociedades obreras, y desde allí iban a alimentar durante un largo período el mejor propagandismo anarcosindicalista y cenetista barcelonés ⁶.

En la generación de la guerra y, más aún, la que le siguió, desapareció en parte el protagonismo de los tipógrafos y, como hemos dicho ya, se amplió el abanico profesional de los dirigentes. El fenómeno más significativo sería, de todos modos, la configuración de un extenso y muy activo equipo propagandista dirigente, lleno de publicistas y buenos oradores. Una parte significativa de aquellos nuevos dirigentes obreros abandonaron de hecho su oficio manual de origen para convertirse en profesionales (maestros racionalistas en escuelas alimentadas por los sindicatos las más de las veces) e intentar malvivir como periodistas de una precaria y deficitaria prensa y publicística militante. Fueron justamente los que iban a ser vistos como «los hombres de la CNT» incluso por los cuadros sindicales afiliados.

⁶ En la fundación intervinieron hombres tan distintos como Josep Negre, José Rodríguez Romero o Antoni Fabra Ribas. Pero a partir de 1913, sus hombres fueron ya claramente anarquistas y anarcosindicalistas: Prat, Herreros, el mismo Negre, Seguí, Pestaña, etc.

En aquel movimiento obrero dominó el sindicalismo revolucionario, pero éste no fue en principio el producto de unas hipotéticas relaciones e influencias de los teóricos y dirigentes de la CGT francesa. El proceso que llevó a la creación de la CNT en 1910-1911 y su consolidación posterior hay que remitirla a la importancia conjunta de una serie de cambios estructurales que se estaban produciendo en los sistemas de producción en Catalunya -y en otros muchos lugares- y en la persistencia y fuerza de una cultura política obrera que había practicado una intensa lectura sindicalista de la Primera Internacional. Antes de 1918-1919 se puede constatar que la presencia del pensamiento sindicalista coetáneo francés es tímida, fundamentalmente a través de algunas traducciones de los textos de la CGT sobre la huelga general y de Emile Pouget sobre el sindicalismo (a añadir unos pocos folletos de Georges Sorel), textos editados por el grupo de la Escuela Moderna y Ferrer Guardia⁷. Ahora bien, sí fue creciente la impresión (justificada por otra parte) de que lo que decían los franceses coincidía con la propia cultura sindical catalana que arrancaba de la Primera Internacional, al menos en sus aspectos más básicos: rechazo de la identificación del sindicalismo simplemente con la defensa de los intereses laborales de los trabajadores y afirmación de la perspectiva de una revolución social anticapitalista, y consideración del sindicalismo como el eje organizativo y cultural de la estrategia revolucionaria.

La CNT no surgió de la actuación del anarquismo de principios de siglo ni fue, doctrinalmente, el producto del sindicalismo revolucionario francés. Su construcción se produjo en el entorno de una nueva generación militante obrera que se configuró propiamente como anarcosindicalista desde la experiencia sindical en unos años

⁷ Cfr. GABRIEL, P.: «Sindicalismo y huelga. Sindicalismo revolucionario francés e italiano. Su introducción en España», *Ayer*, núm. 4, Madrid, 1991, pp. 15-45. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que desde los medios anarquistas de la ciudad se manifestaron muchas reticencias ante las tesis del sindicalismo revolucionario francés. La timidez de su influencia contrasta con el alud de traducciones y difusión en aquellos momentos de las obras de los teóricos del anarquismo, tanto de los grandes nombres (Bakunin, Kropotkin, Reclus, Malatesta, por ejemplo), como de los franceses lean Grave, Charles Malato, Augustin Hamon, Sébastien Faure, Paraf-Javel, etc. Significativamente, las correspondencias de la prensa obrera española y barcelonesa en Francia -las que informaban realmente de las luchas y los planteamientos de la CGT- estaban en manos de militantes anarquistas que ofrecían sistemáticamente una visión crítica.

de crisis política muy acusada del régimen y de cambios estructurales de fondo en la población obrera. El sindicalismo revolucionario catalán y en especial el barcelonés fue muy poco el producto de reflexiones teóricas o influencias doctrinales y tuvo, en cambio, mucho que ver con una situación en la que el movimiento sindical, ante la ausencia de otros instrumentos, lograría un máximo protagonismo como eje articulador fundamental de la clase obrera. Y en este punto, por otra parte, tuvo un papel básico la existencia de una cultura obrerista de corte sindical, construida a partir de elementos y conceptos del ochocientos: afirmación de la identidad de clase; esperanzas en las capacidades de actuación propia al margen de ayudas y paternalismos externos; cooperativismo y mutualismo que debían asegurar la estabilidad y continuidad del movimiento; en fin, enseñanza y autodidactismo a relacionar con una cultura más amplia de raíz republicana y librepensadora.

Excepto en algunas coyunturas determinadas (1873, 1882-1883, quizás 1890-1893) la dinámica sindical en Cataluña y Barcelona (en España también) había girado alrededor de las federaciones de oficio y mucho menos de las centrales sindicales. Fueron las federaciones de oficio las que aseguraron mejor la continuidad organizativa y las que encabezaron las luchas reivindicativas laborales. Mantuvieron en pie un obrerismo simple y representativo del carácter sindicalista de la población obrera: tendencia a la reivindicación laboral estricta, alejamiento más o menos matizado de la definición estratégica más general (socialista o anarquista), defensa del concepto ambiguo del apoliticismo (afirmación de la unión de los trabajadores por encima de sus diferencias ideológicas y creencias, unión basada por tanto en las reivindicaciones laborales y mucho menos en su actitud política ante la sociedad). Es importante percatarse de la incomodidad que esto provocaba en la militancia más estrictamente socialista o anarquista, los cuales eran justamente fuertes si conseguían imponer las centrales.

La construcción de la CNT no puede por tanto ser vista al margen de las relaciones y tensiones con la vida de las federaciones de oficio. Es bien entendido que al final, en 1919-1920, el triunfo de la primera respecto de las segundas pareció ser total. Es necesario, sin embargo, empezar por decir que el proceso reorganizador sindical abierto en 1912-1913, que tomó una renovada fuerza durante los años de la Primera Guerra, tuvo precisamente su mejor expresión en las fede-

raciones de oficio. Unas federaciones a menudo explícitamente «regionales» y «unitarias», el impulso de las cuales no se puede atribuir a la CNT, en la práctica terriblemente débil y casi inexistente. Fue al amparo de este movimiento en el que poco a poco se impondría un nuevo anarcosindicalismo (el cual finalmente podría presentar la CNT como la expresión y realización de todo el movimiento sindical). La reorganización partió de los sectores laborales más importantes y básicos: el textil, la construcción y la madera, el metal y, ahora, además, incluso el campo. Esto significaba, de algún modo, minimizar el papel tradicional de las artes gráficas y la tipografía. Hubieron otras novedades y una de las más importantes fue el impulso sindicalizador (que partió, como siempre, de Barcelona) y logró contar muy pronto con un alcance catalán.

La explicación de la nueva situación y del triunfo final de la central anarcosindicalista no se encuentra sólo en la dinámica interna del movimiento sindical. Las razones han de buscarse también en los cambios de la situación política (la situación que llevó a la crisis política del régimen de 1917), en el empuje migratorio que acompañó el crecimiento de la población obrera en Cataluña sobre todo a partir de 1914, en las repercusiones económicas de la guerra y, no menos importante, en los cambios de los sistemas de producción y de la organización del trabajo en las empresas. En todo caso, no se debe minimizar la importancia de una caracterización correcta del movimiento obrero de aquellos años. Fue en aquellos momentos precisamente en los que se produjo al mismo tiempo y de forma contrastada en Cataluña el fracaso del modelo socialista de la UGT y la configuración de un nuevo anarcosindicalismo mayoritario. En parte al menos porque se mostraron inviables las propuestas que confiaban en la fuerza del Estado y sus instituciones (un Estado y unas instituciones en clara crisis) para la solución, reformista, de los problemas de las relaciones laborales. Ahora bien, el anarcosindicalismo triunfante escondía una gran ambigüedad. Paradójicamente, el revolucionarismo de muchas actitudes de los dirigentes confederales más doctrinarios se sustentaba en un movimiento sindical que continuaba manteniendo un elevado tono profesionalista y laboralista, moderado en el fondo.

Visto desde otra perspectiva, el fracaso final de las federaciones de oficio (que aceptaron en 1919 la autodisolución en beneficio de los sindicatos únicos y la CNT) no se puede ver desligado en Cataluña

del hecho de que aquí no existían unos sectores integrados empresarialmente y que la población obrera era muy «ciudadana», residente, incluso fuera de Barcelona, en poblaciones y áreas de cultura urbana. Además, las federaciones de oficio no pudieron obtener éxitos laborales estables y la politización general de la sociedad catalana en la coyuntura abierta en 1917 favorecía la afirmación horizontal y local de la clase obrera y era obvio que esto no podía partir de las federaciones de oficio.

Un buen ejemplo de la tensión entre estas dos fuerzas (la que conducía al reforzamiento del oficio y la que mantenía el peso horizontal y local de la clase obrera) fue la primera gran manifestación al tiempo de los nuevos aires reorganizadores del movimiento sindical catalán que se produjo en el textil. La legalización del Sindicato del Arte Fabril y Similares en Barcelona en marzo de 1912 (conocido como «La Constancia») preparó la constitución en junio de 1913 de la Federación Regional del Arte Fabril de Cataluña y la presentación de una plataforma reivindicativa laboral a la patronal. Al margen de la gran importancia de la huelga que siguió (iniciada en Barcelona el 30 de julio de 1913 y pronto extendida a toda Cataluña con un punto de máxima participación el 9 de agosto, cuando había 24.030 huelguistas en Barcelona y unos 63.000 en conjunto), es especialmente significativo que en la dirección del movimiento se enfrentasen el comité de huelga sindical (el de La Constancia, con socialistas y sindicalistas), inclinado a la negociación laboralista, y el Comité de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, empeñado en dirigir directamente el movimiento y generalizar la huelga. La dirección de la CRT de Cataluña sin duda necesitaba afirmar su papel y eso le enfrentaba a los hombres del sindicato. En cualquier caso, al final, el anarcosindicalismo en el textil apareció reforzado. Lograron que La Constancia se estabilizase con unos 18.000 afiliados y que se celebrase un congreso general en Barcelona en diciembre de 1913 de la Federación del Arte Textil y Fabril, que pasó a estar dirigida por los anarcosindicalistas de La Constancia.

Esta tensión entre el fortalecimiento de la central y el paulatino crecimiento de la sindicalización de oficio iba a presidir la marcha ascendente de la CNT y el anarcosindicalismo en Cataluña. Los núcleos dirigentes confederales (partidarios de la Confederación Nacional del Trabajo como central sindical), anarcosindicalistas, aspirantes a la dirección general del movimiento obrero, se movían alre-

dedor de los tres comités (regional, nacional y local), las redacciones de los dos órganos de prensa más influyentes (*Solidaridad Obrera* y *Tierra y Libertad*) y el Ateneo Sindicalista. Con pocas excepciones, fueron los propagandistas y publicistas, justamente los que más se caracterizaban como anarquistas y quizás menos como sindicalistas, quienes tendieron a llenar las redacciones de los periódicos y el Comité Nacional.

Sin una delimitación precisa, en los medios anarquistas y más ampliamente libertarios de Barcelona en 1913-1915 se ha de tener en cuenta la existencia de una mezcolanza de muy diversos sectores. Había anarquistas más doctrinales y teóricos (que a menudo hacían de puente con la generación anterior). Otros eran publicistas autodidactas con aspiraciones literarias, relacionados con la cultura catalana. Surgían también unos jóvenes dirigentes sindicalistas sobre los cuales recayó la responsabilidad de asegurar la ligazón entre el anarquismo y los nuevos sindicatos que se querían construir frente a las viejas (y quizás obsoletas) sociedades obreras de oficio. A su lado estaban los dirigentes societarios más estrictos (propiamente los cuadros de las juntas y direcciones de los sindicatos y las sociedades de oficio). Abundaban asimismo los hombres activistas y revolucionaristas, que no rehuían la actuación violenta. Así como una serie de publicistas y propagandistas a menudo de vida bohemia. En general, más que los hombres estrechamente relacionados con los sindicatos, fueron los activistas revolucionarios y los publicistas de vida bohemia los de mayor peso en la reorganización de la CNT (fueron ellos que llenaron el Comité Nacional de la CNT reconstruido en 1915-1916 y la redacción de *Solidaridad Obrera*). A destacar la marginación, especialmente a partir de 1917, de los anarquistas más doctrinales y teóricos, así como la de los dirigentes sindicales que habían dominado la construcción de *Solidaridad Obrera* y la primera CNT de 1910-1911.

Fue en este marco donde se asistió al ascenso fulgurante de foráneos recién llegados en detrimento de los viejos. Basten aquí unos muy pocos ejemplos. Primero hay que recordar al hispano-uruguayo de origen gallego Antonio Laredo, colaborador de la primera *Solidaridad Obrera* y activo durante la Semana Trágica de 1909, con un destacado papel interno en la organización de la CNT en 1915-1916 y uno de los responsables de la Conferencia de El Ferrol de 1915 (la reunión que reconstituyó la CNT a nivel español), que

murió abruptamente en Logroño en 1916 en viaje de propaganda, y que se convirtió en el introductor en el movimiento de los jóvenes trabajadores de fuera que aterrizaron en Barcelona hacia 1914. Notablemente fue él quien ayudó al leonés Angel Pestaña. Pestaña llegó a Barcelona desde Argel a los veintiocho años, en agosto de 1914, y a los pocos meses, en 1915, ya formaba parte de la delegación de los sindicatos barceloneses en Ferrol, era un colaborador destacado de *Tierra y Libertad* y orador de éxito. En julio de 1916 acompañó a Salvador Seguí en la negociación del primer pacto de la CNT con la UGT; en fin, a finales de 1917, cuando no hacía ni tres años que estaba en Barcelona, se hizo cargo de *Solidaridad Obrera*, el órgano oficial de la organización. Por su lado, el aragonés Manuel Buenacasa llegó también en 1914 (aunque en 1916-1917 trabajó en Francia) y pasó a encabezar el Comité Nacional confederal ya en 1918. En fin, el vallisoletano Evelio Boal, del Comité Nacional de 1918 al lado de Buenacasa, que a mediados de 1919 se hizo cargo de la secretaría general hasta su asesinato en 1921, no hacía tampoco mucho tiempo que había llegado a Barcelona. Laredo se ganaba la vida como publicista y periodista, Pestaña había hecho un poco de todo y en Barcelona arreglaba relojes. Buenacasa era carpintero y, en un caso distinto, contaba con un cierto bagaje sindical. Boal era tipógrafo pero se dedicaba cuando podía al teatro y, con una vida bohemia, tenía muchos problemas con la bebida. En cualquier caso, todos ellos eran en aquella época más anarquistas que sindicalistas y actuaron claramente más en relación a la tradición anarquista que con la sindicalista.

Había una cierta cesura entre este tipo de dirigentes muy genéricos, muy poco ligados a un trabajo o un oficio concreto y de hecho con muy poca experiencia sindical, y justamente algunos de los principales hombres de los sindicatos, presidentes o secretarios de los mismos, los cuales, viniendo de lejos o siendo jóvenes trabajadores, con mayor o menor definición anarquista o anarcosindicalista, encabezaban la reorganización efectivamente sindical de la población obrera barcelonesa. Significativamente, se trata de nombres menos conocidos por más que fuesen los verdaderamente representativos de la nueva situación, los que llenaron de sentido el congreso de Sants de julio de 1918 que abrió las puertas a la real implantación de la CNT en toda Cataluña.

Hubo un grupo muy específico, joven, que supo encabezar a estos hombres de los sindicatos y al mismo tiempo asegurar la con-

fluencia con el anarcosindicalismo y la CNT. Es el grupo que se puede calificar de «equipo» de Salvador Seguí, que dominó el Comité Regional y el Comité de la Federación Local de los Sindicatos de Barcelona todos estos años, al menos hasta 1919. El equipo contaba con dirigentes estrictamente sindicales (como el lampista Camil Piñón, los albañiles Simó Piera y Enrique Valero, los carpinteros Joan Pey y Josep Molins, etc.) y una serie de obreros intelectualizados y autodidactas (Salvador Quemades, Josep Viadiu, Emili Mira, Agustí Castellà, etc.). Con una inserción social y popular barcelonesa clara, hizo de puente con la nueva realidad obrera naciente, puente entre el sindicalismo tradicional del movimiento obrero catalán y la voluntad de crear un nuevo sindicalismo revolucionario y anarcosindicalista ⁸.

Las piezas claves de la estrategia sindical de aquel equipo de Seguí eran: *a*) estructuración basada en sindicatos de industria (los sindicatos únicos) y uso de las federaciones de oficio para favorecer la integración de los oficios dispersos; *b*) discurso de afirmación básica de la unidad esencial de la clase obrera que le llevó a plantear unas relaciones con la UCT (y los socialistas) en aras a la unidad; *e*) afirmación de las aspiraciones revolucionarias de la clase obrera, pero alejamiento del aventurismo revolucionarista y disposición a mantener alguna especie de presencia en el debate político general para, al menos, asegurar el libre desenvolvimiento del sindicalismo y favorecer el progreso en contra de las situaciones reaccionarias. En conjunto, dibujaba un anarcosindicalismo cercano al sindicalismo revolucionario francés, que asumía el anarquismo como trasfondo ideológico y teórico de largo plazo.

Aprovecharon los conflictos laborales para defender los sindicatos únicos y avanzar en su constitución, aspecto éste que no fue nada fácil, dadas las múltiples tensiones entre las diversas sociedades de oficio y en especial la reticencia del obrerismo sindical más tradicional a ser dirigido desde otras instancias. Lograron un éxito, que se quiso modélico, en el caso de la construcción, la madera, la tipografía

⁸ Está claro que ya en 1918 la nómina de cuadros sindicales de importancia y filiación anarcosindicalista fueron numerosos. Por ejemplo: el carretero Andrés Miquel, el trabajador del puerto Jaume Aragó, el ferroviario Pau Ullod, el tejedor Josep Climent, el zapatero Saturnino Meca, el soldador Fancisco Botella, el calderero Miguel Abós, el panadero Félix Monteagudo -un opositor a los sindicatos únicos desde posiciones anarquistas-, Josep Roca, del ramo del agua -que también se opuso-, Paulino Díez, secretario de la Federación Local, el viejo carretero Enric Ferrer, etc.

y el transporte marítimo. También el entendimiento con la UGT pareció funcionar. El pacto firmado en Zaragoza en julio de 1916 tenía como objetivo concreto la denuncia del encarecimiento de las subsistencias y la preparación del paro general para el 18 de diciembre de 1916. Pero el trasfondo era mucho más general: se inscribía en la tradición de una cultura sindicalista que afirmaba la unidad fundamental de todos los obreros en cuanto a trabajadores (al margen de las estrategias y las ideologías) y permitía a los dirigentes anarcosindicalistas presentarse como constructores de un nuevo sindicalismo unitario. Al final, el paro fue efectivo en Barcelona y, lo que era más importante, tuvo un carácter ordenado y disciplinado. Pareció romperse así la tradición del revolucionarismo anarquista barcelonés, con una historia llena de violencias y estallidos incontrolados.

1917 fue en España (como en otros países europeos) un año muy crítico, en el que se desató una profunda crisis política que entremezclaba al menos tres o cuatro situaciones de revuelta antigubernamental: la de los sectores medios del ejército; la que provenía del Parlamento con un juego confuso que reunía todas las minorías desde los regionalistas burgueses catalanes hasta los republicanos españolistas de Lerroux; la derivada de la reorganización sindical que no dudó en dictar una huelga general obrera. Múltiples testimonios atestiguan que la fiebre revolucionarista se apoderó de los anarquistas de Barcelona. Un nuevo acuerdo CNT-UGT firmado en Madrid el 27 de marzo de 1917 proclamaba, ante la ineficacia de la Comisión Pro-Subsistencias gubernamental, el uso de la huelga general «*en un plazo no limitado*». En aquella situación, con un conjunto de dimisiones gubernamentales, presiones aconstitucionales de las minorías parlamentarias y en plena agitación de las juntas militares de defensa, la posibilidad de hundimiento del régimen monárquico de la Restauración se vio como inmediata. Fue clara, a pesar del teórico antipoliticismo anarquista y anarcosindicalista, la necesidad de implicarse en el movimiento. La argumentación usada fue:

«Decir "esto se va" no está bien. Lo consecuente es decir esto hemos de hacerlo (...). ¿La República? ¿Por la República luchamos? El pueblo lo dirá; nosotros no hacemos ni haremos otra cosa que ir con el pueblo hasta donde pueda y quiera ir. Pero entendemos que sin concertar acuerdos previos) sin pactos

ni inteligencias previas) podemos sumarnos todos en una acción colectiva en la calle) al aire libre» 9.

Era una argumentación pronto convertida en tópica: la misma iba a ser usada, por ejemplo, en 1930-1931 cuando se trató de colaborar con los republicanos y sumarse al movimiento que trajo la II República. La situación era, sin embargo, contradictoria: en principio la CNT daba apoyo a un movimiento político sólo a través de sus pactos con la UGT y la perspectiva de una huelga general de protesta por la situación del encarecimiento y la falta de subsistencias; al mismo tiempo, sin embargo, iba detrás de los republicanos y otros políticos para conocer lo que querían hacer y poder salir a la calle. Al final, la situación de 1917 vino a poner de manifiesto que el movimiento obrero catalán y muy en especial el sindicalismo barcelonés no estaba aún en disposición de poner en marcha un movimiento revolucionario propio. Así pudo constatarse cuando la CNT quiso, de prisa y corriendo, elaborar un programa de reivindicaciones específico y propio en el cual era difícil (al margen de los consabidos tópicos discursivos) encontrar voluntad real alguna de poner en pie ninguna revolución obrera. En realidad, de la participación en el movimiento revolucionario contra la monarquía se esperaba simplemente una modernización política del país, la afirmación del peso del sindicalismo y la demostración de que los obreros en la calle eran una condición indispensable para cualquier cambio. El mismo desarrollo del movimiento huelguístico de agosto reveló las muchas limitaciones de su capacidad de movilización revolucionaria en la calle. Los confederales, en este caso, con un claro entendimiento entre el equipo de Seguí (los del Comité Regional) y los anarquistas del Comité Nacional (con Pestaña al frente), a diferencia de los dirigentes socialistas y ugetistas, pensaron siempre en la preparación de un «movimiento» que ocupase la calle, más que en una simple huelga de protesta pacífica. El lunes 13 de agosto empezó efectivamente la huelga y grupos de juventudes (socialistas y sindicalistas) consiguieron parar los tranvías y en los barrios (Sants, Sant Andreu y Sant Martí) se levantaron barricadas. El martes hubo ya una cierta violencia con muertos y heridos especialmente en el centro de la ciudad y Gracia. Sin embargo, la huelga se extinguió completamente entre el viernes y el sábado. Todos los testimonios

9 Efr. *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 12 de mayo de 1917.

lo confirman: el movimiento no partió en realidad tanto del movimiento sindical en su conjunto, sino que fueron los dirigentes, cuadros sindicales y grupos de jóvenes activistas, los que al amparo de la situación política impusieron fácilmente la huelga pero se quedaron solos llegada la hora de salir a la calle. En cualquier caso, su actitud en aquellos días de huelga fue exclusivamente de espera: aguantar la huelga con la esperanza de un triunfo de los políticos. Al fin, el movimiento se cerró con 37 muertos y 70 heridos en Barcelona (en total en España, según cifras oficiales, los muertos fueron 71). Entre las diversas consecuencias de aquel fracasado movimiento, hubo un cierto reforzamiento de las tesis del apoliticismo anarquista en contra de los republicanos y un enfriamiento de las relaciones con la UGT y los socialistas. También, y muy en especial, entre los sindicalistas, el reforzamiento de la voluntad de fortalecer la articulación organizativa del movimiento sindical y la CRT de Cataluña.

Fue muy grande el contraste de esta situación de 1917 con la de julio de 1918 cuando se celebró un primer gran congreso obrero catalán, con 153 delegados que representaban 158 asociaciones y cerca de 75.000 afiliados¹⁰. La representatividad sindical del congreso fue altísima y los protagonistas del congreso fueron ciertamente los hombres de los sindicatos más que no los publicistas y propagandistas. Signo del momento y la coyuntura (en el inicio del impacto de la revolución rusa) ahora sí que se planteó la posibilidad de una revolución social vista como un tema posible, que estaba en el orden del día. El movimiento sindical en su conjunto no tuvo en este punto ningún problema. De todas formas, lo que marcó la dinámica del congreso fue la discusión organizativa, y en especial la de los sindicatos únicos. La gente del Regional pudo actuar en posiciones matizadas y prácticamente sin oposición: la resistencia más anarquista -que podía confundirse con la defensa de posiciones corporativistas y de oficio- fue claramente minoritaria y de hecho el debate se estableció entre los más impacientes, que pretendían declarar amarilla cualquier sociedad obrera que no aceptase la inclusión en el correspondiente sindicato único y la gente más representativa del propio Regional intentando ir un poco más despacio, manteniendo al menos de momento las federaciones de oficio.

¹⁰ Éstos son datos revisados por mí; durante la celebración del congreso, *Solidaridad Obrera* afirmó la presencia de 163 delegados en nombre de 137 sindicatos y cerca de 74.000 afiliados.

La inmensa mayoría de los delegados presentes eran sindicalistas, algunos de los cuales habían experimentado o estaban experimentando una rápida evolución hacia posiciones anarcosindicalistas (un ejemplo paradigmático era Joan Peiró, que debía continuar algunos años después el papel de Seguí). En la mayoría actuó como grupo aglutinador el equipo de Seguí pero las más importantes discusiones se produjeron dentro de esta mayoría. Los socialistas fueron marginales y los anarquistas más teóricos y doctrinales prácticamente no estaban presentes. El enfrentamiento fundamental se produjo entre los propagandistas confederales más genéricos, partidarios de imponer rápidamente y en algunos casos taxativamente la CNT como central sindical al movimiento societario, y algunos de los dirigentes anarcosindicalistas con experiencia sindical que pretendían una relación con el movimiento societario más pausada, se resistían a dejar la CNT en manos de los publicistas y no querían minimizar la vertiente más laboral del movimiento sindical.

El congreso, finalmente, dibujó un esquema organizativo muy significativo y lleno de potencialidades. En la base estaba el sindicato único y la recomendación de ir hacia su generalización (con un esquema de sectores bastante desarrollado). La Confederación Regional se construía a partir de las federaciones locales y comarcales (sólo excepcionalmente se podían admitir directamente los sindicatos) y se intentaba asegurar una fuerte representatividad sindical en detrimento del papel de los publicistas y dirigentes más profesionalizados. Fue en este sentido muy significativa la polémica acerca de las delegaciones en los congresos y asambleas de la CNT. La ponencia sólo exigía que los delegados fueran afiliados (y aceptaba por tanto que cualquier afiliado pudiera representar cualquier sindicato, fuera o no el suyo). Se opusieron duramente muchos sindicalistas con Seguí al frente, que querían, por contra, que todo delegado sólo pudiera representar su sindicato o su federación local. La transacción de Pestaña, vencedora, fijó que para todo aquello que afectase a los comités y las federaciones de un lugar se exigiría que los delegados fuesen del oficio y del lugar, pero si las reuniones eran regionales podían designarse delegados o bien del lugar de origen o bien del lugar donde se reuniese la asamblea. Éste fue el tipo de pactos que se fue construyendo entre los hombres de sindicatos y los propagandistas confederales. Otro tema en esta dirección fue el de la discusión sobre la autonomía atribuida a las federaciones locales:

su corrección vino por el lado de reconocer amplias facultades ejecutivas al Comité Regional para llevar a la práctica los programas fijados en los congresos; el congreso de Sants afirmaba así el peso de la Confederación Regional -1a central sindical- al frente del movimiento societario. Se pretendía la construcción de una central de línea muy sindicalista y de base local más que de federaciones verticales.

En definitiva, un buen índice de la estructura real de la nueva Confederación Regional creada lo daba el repartimiento de la cuota que era de 10 céntimos mensuales por afiliado: 2 céntimos eran para la federación local, 2 para el comité regional, 2 para el nacional, 2 para *Solidaridad Obrera* y 2 para los pro-presos. Cada afiliado, por tanto, entregaba un mínimo de 8 céntimos sobre 10 para la superestructura de la central. El congreso de Sants autorizó además el establecimiento de comisiones de propaganda, donde se refugiaron lógicamente la mayor parte de los publicistas sin experiencia sindical concreta.

Esta base presidió la expansión de la CNT entre 1918-1919. En junio-julio de 1918 en Sants habían estado representados 55 sindicatos y unos 55.000 afiliados de Barcelona. En el congreso de la CNT en diciembre de 1919, celebrado en Madrid, estuvieron representados 433.746 trabajadores catalanes, de los cuales 251.987 eran de Barcelona. Estas cifras representaban la práctica totalidad, no ya del movimiento sindical catalán y barcelonés, sino la práctica totalidad de la población obrera ¹¹. Ahora los sindicatos representados eran 141 de 133 poblaciones catalanas. De Barcelona, muy significativamente había 16 sindicatos de industria y sólo siete de oficio, hecho éste que nos indica el alto éxito (al menos coyunturalmente) logrado en el proceso de articulación industrial del sindicalismo barcelonés ¹².

¹¹ Según los censos de 1919-1920 la población obrera oscilaba alrededor de medio millón de personas. Cfr. GABRIEL, P.: «La población obrera catalana, ¿una población industrial?», *Estudios de Historia Social*, núms. 32-33, Madrid, 1985, pp. 191-260.

¹² Al margen de la mayor o menor precisión de las cifras de afiliación sindical consignadas en el congreso de 1919, lo cierto era que en Cataluña la CNT podía presentarse, sin que nadie se lo discutiese, como representativa de la totalidad de los obreros. Los datos provienen de la memoria oficial del congreso. Cfr. CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO: *Memoria del congreso celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid los días 10 al 18 de diciembre de 1919*, Barcelona, 1932.

Si alguna característica define la coyuntura de 1919-1920 en Barcelona es la de la práctica sindicalización total de la vida social. Sindicalización que afectó a los más variados estamentos de la ciudad y que dotó al asociacionismo profesional y laboral de una clara voluntad de confrontación reivindicativa. Aquel renovado asociacionismo tendió a minimizar la representación política genérica y sin duda fue causa y efecto de una gran polarización de los enfrentamientos y conflictos sociales.

A lo largo de 1919 la CNT se convirtió en la única representación sindical de la población obrera barcelonesa. Todos los trabajadores, con dosis mayores o menores de voluntariedad y convencimiento doctrinal, con independencia incluso de la tendencia y tradición ideológica de las direcciones sindicales concretas del oficio o el ramo, todos los trabajadores terminaron por considerarse miembros y afiliados de la Confederación. La conquista de los oficios y sectores clásicos pareció inevitable dados el empuje y la progresiva y rápida articulación de la CNT. Pero hubo, con una especial importancia, la batalla de los sectores y oficios intermedios, la de los cuadros empresariales (contra maestros, encargados), los trabajadores de cuello blanco e, incluso, los profesionales de letra. No fue casual que el gran conflicto que decidió la suerte de la conflictividad laboral catalana de 1919, el de La Canadiense, surgiera precisamente de la problemática reivindicativa de los sectores de escribientes y otros trabajadores de oficinas.

La sindicalización no fue lógicamente sólo obrera. Hubo una pronta, paralela e intensa sindicalización patronal. La crisis política dejó pronto su lugar en el escenario barcelonés y cedió el protagonismo a la crisis social y la radicalización muy acusada de la lucha de clases. La globalidad del enfrentamiento, su dureza y las múltiples implicaciones del mismo pueden seguirse a través del conflicto de la empresa hidroeléctrica La Canadiense y el posterior *locout* patronal. Una primera fase del conflicto se situó en el Pallars, en la provincia de Lleida, a raíz de la construcción de la presa de Camarasa, a lo largo de diciembre de 1918-enero de 1919, en el marco de los primeros éxitos laborales de la CRT de Cataluña en Barcelona. En Barcelona no tomó importancia hasta que no fue asumido por la dirección confederal. Entre el 6 y el 21 de febrero de 1919 afectó sólo a los empleados de las oficinas, pero a partir del 21 de febrero (y hasta el 18 de marzo) el conflicto paralizó todas las empresas del

grupo (se dejó a oscuras toda la ciudad y de hecho el paro paralizó toda la producción). Fue una demostración de fuerza de la nueva CNT en la ciudad y en el fondo significaba un éxito de la política que impulsaban el Comité Regional y Seguí: se trató de una huelga disciplinada, con muy pocas violencias y que causó una evidente impresión social. De golpe la ciudad descubrió la fuerza de un nuevo sindicalismo, el confederal, asimilable a lo que se explicaba de Francia e Italia. No asustó la violencia (que estuvo como acabo de mencionar muy controlada por los sindicatos), ni unas hipotéticas reivindicaciones revolucionarias (inexistentes, pues sólo se pedía la solución de algunos temas profesionales y laborales de los empleados de oficinas), sino la manifestación de fuerza sindical, ordenada, que ponía de manifiesto la existencia de una articulación obrera como nunca se había visto, y que parecía poner a los empresarios y más en general los valores burgueses a expensas de los sindicatos obreros y sus líderes.

Ahora bien, aquella experiencia iba a significar el inicio de dos nuevas realidades que marcarían profundamente la situación, al menos hasta 1923-1924. Por un lado, las dificultades de mantener la disciplina y la articulación del movimiento más allá de una determinada coyuntura; por el otro, la dinámica de violencia social abierta a partir de la renovación peculiar de la política represiva, basada en el pacto directo de los sectores de orden con las autoridades militares al margen de los espacios y el mundo político del régimen ¹³.

En conjunto, el planteamiento represivo -dibujado fundamentalmente por el general Milans del Bosch- era claro y atractivo para los múltiples sectores de orden de la ciudad: ilegalización de los sindicatos y detención de los cuadros sindicales (no ya los obreros acusados de actos de violencia concreta); clima represivo genérico (debía quedar bien claro que la patronal y los militares habían dicho basta); ninguna intención de negociación con los sindicatos, ni directa ni indirecta (por ahí se explica la detención de los abogados y otras personalidades políticas tradicionalmente inclinadas a la mediación);

¹³ Ha tratado con un especial detalle la actuación de la patronal catalana en 1919 BENGOCHEA, S.: *Ellocaut de Barcelona (1919-1920)*, Barcelona, Curial, 1998. Para el análisis más general de la patronal y las organizaciones económicas españolas es indispensable REY, F. del: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992. La radicalización de la respuesta patronal a la conflictividad en GONZÁLEZ CALLEJA, E., Y REY, F. del: *La defensa armada contra la revolución*, Madrid, CSIC, 1995.

marginación del gobernador civil y del mismo gobierno (si no aceptaban el plan y admitían la generalización del control de los militares, como así sucedió); la vuelta al trabajo debía producirse lentamente y de forma sectorial, para poder emprender una selección efectiva de los trabajadores. La «negociación» para el restablecimiento de la normalidad laboral debía partir o de los patronos o de «comisiones de obreros», en ningún caso de los sindicatos. En fin, y no menos importante dado su valor simbólico, las calles de la ciudad habían de ser ocupadas por el ejército y las fuerzas respetables a través del Somatén.

Significativamente, en pleno *locout* se multiplicaron los llamamientos al sindicalismo profesional y los reformistas burgueses y de la patronal abrieron un debate sobre la representatividad sindical de la CNT. Se planteó así la conveniencia de una sindicalización obligatoria que bajo la supervisión de la autoridad permitiese, según se decía, una representación «real» de los trabajadores (querían decir, evidentemente, conveniente).

Todo el debate (y la problemática más general de las dificultades del Estado liberal español y la patronal catalana de asumir sin estrépito la realidad de un sindicalismo reivindicativo potente) no se entiende si no se tiene en cuenta el recurso generalizado a la violencia que se impuso en la vida social y política de aquellos años. Como en muchas otras ciudades europeas, en Barcelona, determinados grados de violencia habían sido una constante de la lucha sindical desde siempre. La falta de estabilidad organizativa (y de reconocimiento patronal y oficial) hacía necesarias ciertas dosis de violencia para imponer el sindicato. Esta violencia (que no debe confundirse con el terrorismo anarquista de finales del siglo XIX y su discurso) acompañó la reorganización sindical de 1916-1917 y la construcción de la CNT. Son innumerables los testimonios que lo confirman y explican: hubo presiones contra esquirols, amenazas a empresarios y se lograron algunas mejoras laborales justamente a partir de estas amenazas. El tema, sin embargo, adquirió una renovada complejidad a raíz de la situación generada en Barcelona por la guerra europea que favoreció un notable comercio de pistolas (las *browning*) y la existencia de núcleos importantes de población ociosa, sin estabilidad laboral ni familiar. La tradicional violencia sindical experimentó entonces un salto cualitativo. Los mismos y más conscientes dirigentes sindicales dejaron constancia escrita del peligro (empezando por Seguí

y, aún más, por el mismo Pestaña), preocupados no ya por la violencia que se consideraba necesaria e inevitable, sino por el crecimiento de los «profesionales de la pistola» que florecieron alrededor de los sindicatos, y pronto fueron vistos como una gangrena. El tema, al margen de las críticas y de las muchas implicaciones a menudo no deseadas, era una cuestión de fondo. El propio congreso de Sants, que, como hemos visto, había dado forma al movimiento sindical catalán y barcelonés, recogió y sancionó el tema. Cada sindicato debía contar con un comité de acción. Se decía:

«Los comités de acción y propaganda y los sindicatos únicos. Estas comisiones son el puntal sobre el que se asienta la organización y las verdaderas orientadoras y sostenedoras de la misma. Deben ser permanentes a ser posible} y compuestas por compañeros voluntarios o nombrados por la Junta} nunca en asamblea general} por razones que deben sobreentenderse».

No era nada extraño: era obvia la persecución policíaca y la necesidad de autodefensa. Ahora bien, el problema era que la autodefensa conducía inevitablemente al movimiento sindical a estar inmerso en un mundo de violencia generalizada y no iba a ser fácil rehuir las presiones y los estilos de vida de los hombres de acción, aquellos hombres, por otro lado, dispuestos a jugarse la vida y romperse la cara. Como es conocido, de ahí surgiría un nuevo y cada vez más influyente grupo de propagandismo confederal, basado en el activismo armado y la actuación revolucionarista. Ciertamente, el grupo de Los Solidarios, constituido en octubre de 1922 mediante el acuerdo entre grupos que provenían de Zaragoza y de Barcelona, iba a ser el de mayor impacto. Sus miembros, los Durruti, Ascaso, García Oliver, Jover, Suberviola, Sanz, etc., iban a formar parte de la historia heroica y apologética del anarquismo y de la Confederación. Ahora bien, no fue éste el único grupo y, además, el propagandismo activista armado no fue exclusivo del anarquismo radical. No deberíamos olvidar que ser propagandista confederal, anarquista, anarcosindicalista o simplemente sindicalista conllevaba muchos riesgos y que iba en el sueldo el procurarse escoltas del sindicato y el llevar un día sí y el otro también alguna pistola en el bolsillo.

Aragón: el unitarismo sindical y la definición anarquista de la CRT de Aragón, La Rioja y Navarra ¹⁴

En el Congreso de la CNT reunido en el Teatro de la Comedia de Madrid en diciembre de 1919, la representación aragonesa defendió mayoritariamente posiciones favorables a la unidad sindical del proletariado y a la fusión de las dos centrales existentes, la UGT y la CNT, postura al final derrotada. Lo que en ocasiones ha sido visto como una peculiaridad de algunas situaciones regionales, notablemente la asturiana y la aragonesa, fue, en realidad y como hemos visto, uno de los puntos de partida de la afirmación del anarcosindicalismo en Cataluña y más en general en toda España. La movilización sindical del mundo obrero, en los años de la guerra europea, impuso en todas partes el discurso elemental y básico del unitarismo (aquel discurso de tradición ochocentista e internacionalista que afirmaba la unidad de base del trabajador en cuanto tal y por tanto que definía el sindicalismo como la mejor expresión de esta unidad, al margen de la ideología o la política). En muchos sitios y en una primera fase, lo nuevo iba a ser la galvanización de los organismos unitarios locales y comarcales, que crecieron en la afirmación de la necesidad de una unión y fusión de la UGT y la CNT. Fue el momento, en un fenómeno muy generalizado en toda España, del combate por la articulación global del movimiento societario, que estaba en plena ebullición, y en contra del viejo «autonomismo» localista y de oficio. Evidenciaba una necesidad defensiva de los cuadros sindicales y de muchos hombres de sindicato que creían interpretar así correctamente las necesidades de los obreros. Fue de esta batalla de la que surgió en gran medida la generación de la primera guerra de los propagandistas más sindicalistas. Eso sí, en muchos lugares, la nueva generación de militantes sindicales se lanzó a continuación a defender la CNT: su principal argumento fue el de que la UGT era minoritaria y no había sabido encuadrar,

¹⁴ Dado el carácter de este artículo, no he incluido aquí ninguna referencia explícita a la dinámica y la evolución de la CNT en Logroño ni en Navarra. Lo mismo sucede en el caso valenciano, que en la distribución marcada por la CNT, con la denominación de CRT de Levante incluía Albacete y Murcia. Reitero que no puede esperarse en estas pocas páginas una síntesis sistemática de la CNT en cada caso. Pido de todas formas excusas por ello.

ni podía hacerlo con sus planteamientos, a la mayoría de los obreros españoles. Esta segunda batalla, de hecho en 1919-1920, fue la de la CNT. Una batalla en la que algunos supieron combinar sabiamente la apuesta por la CNT y su identificación con una mayor estructuración interna del sindicalismo. El problema fue que la situación española impuso una tercera fase, en la que las dificultades de la propia afirmación y la necesidad de autodefensa iba a dar un notable y creciente protagonismo, como hemos ya apuntado, al propagandismo activista más violento.

Fue clara y es tónica la incidencia de los aragoneses y de Zaragoza en la construcción inicial de la CNT y de las múltiples tensiones entre sindicalismo, laboralismo, anarcosindicalismo, anarquismo teórico y publicista y anarquismo de acción. El núcleo anarcosindicalista zaragozano fue importante ya en las fechas constitutivas de la CNT en 1910-1911. En 1910 Zaragoza estuvo bien representada: Joaquín Zuferrí (Federación Obrera de Zaragoza y Obreros en Madera), Jorge Maren (Zapateros, Carreteros y Panaderos) y Francisco Vidal (Constructores de Edificios). Por su parte en 1911: Ángel Lacort y Nicolás Guallarte (en nombre de la Federación Local de Sociedades Obreras) y Ángel Capdevila (Carpinteros). Vino a continuación la sonada cuestión de la huelga general dictada en secreto y los hechos luctuosos de la calle del Perro en septiembre de 1911, en los que aparecieron implicados la mayor parte de los dirigentes locales del momento y algunos otros que mantenían una fuerte relación con una pequeña colonia catalana en la ciudad, con Teresa Claramunt a la cabeza.¹⁵

La evolución de la Federación Local de Sociedades Obreras de Zaragoza¹⁶ y su decantamiento hacia la CNT en 1919 fue espe-

¹⁵ Teresa Claramunt era aragonesa pero se había criado en Sabadell y había tenido un gran papel sindical, anarquista y feminista en Barcelona. Su instalación en Zaragoza, en casa de un ferroviario catalán, Dalmau, a cuyas hijas cuidaba, se produjo a raíz de la deportación que le dictaron las autoridades después de los hechos de la Semana Trágica. Para la descripción del papel de Claramunt estos años en Zaragoza, cf. en especial BUENACASA, M.: *El movimiento obrero español*, París, 1966, pp. 230-233.

¹⁶ Sigo aquí, fundamentalmente el buen estudio de VICENTE, L.: *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1993. He usado también con provecho BUENO, J. 1.: *Zaragoza, 1917-1936. De la movilización popular y obrera a la reacción conservadora*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2000; además de los trabajos clásicos de José Borrás (1983), Luis German (1984), Julián Casanova (1985), Graham Kelsey (1994) y otros como

cialmente representativa de muchas de las consideraciones hechas hasta aquí. Primero fue la presencia y la interrelación con el sindicalismo revolucionario entre 1910-1911 en Barcelona. En este sentido su revista, *La Aurora Social* (1910-1911), animada a lo que parece por Julián Ruiz, contó con una regular colaboración de Josep Prat. Y, sin duda, la decisión del congreso de 1911 de la CNT de fijar el Comité Nacional en Zaragoza, aunque sin operatividad dado el desenlace de la huelga general dictada, indica una relación seguramente estrecha con Barcelona, al menos de Ángel Lacort y, desde su situación, de Teresa Claramunt. A partir de la reorganización de 1913, el modelo de actuación del anarcosindicalismo zaragozano fue similar al de Barcelona. Una serie de propagandistas alimentaba un Centro de Estudios Sociales -organismo equivalente al Ateneo Sindicalista barcelonés, reorganizado en aquellas fechas- y logró sacar adelante un órgano de expresión propio: *Cultura y Acción* (en su primera época, 1913-1915). Allí estuvieron un joven Buenacasa, Zenón Canudo, Ángel Lacort, Nicolás Guallarte, Antonio Domingo, Antonia Maymón y otros. Significativamente, en un principio, el periódico hizo constar que era también el órgano de la Juventud Obrera Zaragozana, lo cual no dejaba de ser una apelación a la novedad y juventud del intento. El edificio iba a completarse a través de un discurso unitarista y los llamamientos a la estructuración sindical a partir de 1916, cuando la Federación Local inició su despegue organizativo y militante y en febrero celebró un importante congreso.

Con una conflictividad huelguística creciente, a partir de 1918 se estrecharon los lazos con la reorganizada CNT barcelonesa, ahora ya con un papel cada vez más intenso de Manuel Buenacasa. De todas formas, el discurso unitarista continuaría: así en el mitin de propaganda sindical del 24 de noviembre de 1918 reunido en la Lonja, en el que peroraron Tomás Urrea y Alfredo Martínez, de la organización zaragozana, y Buenacasa y Ángel Pestaña en nombre de la CNT, se produjo el doble llamamiento a la UGT y la CNT para trabajar por la fusión y en favor de la unidad sindical del proletariado. Vinieron después los reiterados intentos de constitución también en Zaragoza de los sindicatos únicos y la huelga general de noviembre de 1919, con fuertes dosis de solidaridad respecto

el de Enrique Montañés (1989) o José M. Azpiroz (1993), más centrados, sin embargo, en los años republicanos y de la Guerra Civil.

de la situación catalana, ante la cual el gobernador civil dictó la expulsión de los principales dirigentes de los sindicatos locales, entre los que estaban propagandistas anarcosindicalistas conocidos como Antonio Domingo, Alfredo Martínez o Pedro Casas, etc., así como el levantamiento, también en la capital aragonesa, del Somatén. Fue una etapa en la que el anarcosindicalismo y el anarquismo contaron con un buen instrumento de propaganda, *El Comunista (1919-1920)*, un nuevo órgano del Centro de Estudios Sociales, ahora además portavoz sindical, en manos de propagandistas importantes como Zenón Canudo y Manuel Albar, con la presencia inevitable de Buenacasa y que contó con un amplio abanico de colaboraciones de escritores de cierto prestigio como José Chueca, Fortunato Barthe, Ángel Samblancat o Eduardo Barriobero. De todas formas, en la Federación, al lado de anarcosindicalistas como Nicasio Domingo y sus hijos Juan y Antonio, o de la influencia que ejercía Buenacasa, dominaban los sindicalistas, en muchos casos parecidos a los cuadros sindicales que he definido como hombres de sindicato en el caso catalán. De ahí la actuación, aún unitarista, de la mayoría de la representación aragonesa en el congreso de Madrid de finales de 1919¹⁷.

Hubo también violencia y activismo anarquista armado en Zaragoza, pero no fue determinante dentro de la dinámica sindical. La famosa sublevación del cuartel del Carmen de enero de 1920, a raíz de la cual resultó muerto Ángel Chueca y en la que se implicó a diversos cabos y soldados, no parece haber sido auspiciada por los sindicatos ni por los anarcosindicalistas. Después, otros hechos luctuosos fueron el producto de la agudización de la conflictividad en tiempos de huelga, con semanas de suspensión de las garantías y abundantes detenciones, y no llegaron a generar por los grupos de acción una presión tan intensa e interrelacionada con los sindicatos como en Barcelona¹⁸.

¹⁷ Estuvieron allí propagandistas confederales claros como Antonio Domingo, Zenón Canudo y Ramón Acín, como veremos el hombre fuerte del anarquismo en Huesca, pero la mayoría eran dirigentes más estrictamente sindicalistas como Genaro Sánchez, Gabriel Calleja, Mariano Serra, Pedro Casas, Víctor Moreno, Tomás Ginés, etc.

¹⁸ Recordemos aquí la muerte a tiros de un camarero ocasional en el Café Royalty durante la huelga del ramo en abril de 1920, por la que se detuvo entre otros a Alfredo Martínez, o el asesinato que cometió el 23 de agosto del mismo año, en ocasión de la huelga metalúrgica que había dejado sin alumbrado público la ciudad, Inocencio Domingo, un ex miembro de las juventudes socialistas, recién

La reorganización de la CNT a partir de febrero de 1922 y la preparación de la Conferencia -sustitutiva del congreso pendiente- de junio supuso la llegada a Zaragoza de importantes núcleos propagandistas confederales, barceloneses en su mayoría, incluidos Joan Peiró, el nuevo secretario general, y el mismo Buenacasa, que fijó por aquel entonces de nuevo su residencia en la capital aragonesa. Al margen de la gran importancia general de aquella conferencia, que significó el final de las ambigüedades terceristas de la CNT, la nueva fase reorganizadora iba a estar ahora presidida por la labor intensa de la propaganda más explícitamente anarquista y por la creciente definición anarcosindicalista del movimiento sindical. Tuvo mucha importancia en esta dirección la aparición en una segunda época de *Cultura y Acción* (1922-1923), ahora portavoz de la CRT de Aragón, La Rioja y Navarra, que iba a estar dirigida, sucesivamente, por Buenacasa, Eusebi C. Carbó y Arturo Parera, tres grandes nombres del propagandismo confederal¹⁹.

El primer congreso de la Confederación Regional se reunió en Zaragoza a finales de junio de 1923, con 42 delegados de 32 organizaciones y unos 16.000 afiliados, como siempre, con una aplastante mayoría de sindicatos y sociedades zaragozanas y una clara debilidad campesina²⁰. El congreso abundó sobremanera en la propia definición ideológica y la organización se proclamó explícitamente partidaria del anarquismo y la revolución, el antipoliticismo, la acción directa (en todos los aspectos de la vida social y política) y la violencia de autodefensa. Quizás no fueron mayoría los delegados propiamente anarquistas y anarcosindicalistas, pero sin duda se trataba de una minoría radicalizada, que iba a actuar con decisión y mayor convencimiento: de ahí el cambio respecto de las ambigüedades sindicalistas del anterior congreso importante, el de la Federación Local de Zaragoza de febrero de 1916.

llegado de Lama de Langreo. Siguieron después algunas explosiones y otros atentados a lo largo de 1921. Cfr. la narración detallada de estos hechos que hace VICENTE, L.: *op. cit.*, 1993, pp. 99 Yss.

¹⁹ Entre las colaboraciones abundaron las firmas de los propagandistas más conocidos: Galo Díez, Elías Garda, Juan Álvaro, Juan Palomo, Francisco Ascaso, Salvador Seguí, Quemades, etc., aparte, claro está, de Buenacasa, Carbó y Parera.

²⁰ Una cifra parecida a la de los obreros federados representados en el congreso de la CNT de 1919; pero entonces hubo también la representación de más de 8.500 obreros no federados.

Este rotundo cambio en la dirección y la caracterización de la CNT en Zaragoza no puede verse al margen de la presencia continuada y creciente de un anarquismo aragonés, con una dinámica propia y no exclusivamente obrerista y sindical. En *El Comunista* de 1919-1920 dominó el discurso doctrinal y teórico de corte anarquista. Le siguió *El Libertario* (1921), también órgano del Centro de Estudios y ya explícitamente anarquista, y, finalmente, en 1922, apareció *Voluntad*, una revista dirigida por José Torres Tribó, representativa de los diversos periódicos «de ideas» que se multiplicaron a lo largo de toda la geografía española del momento. Parecida en parte a la revista *Floreal* que en 1919-1920 Ramón Acín, con Felipe Alaiz, había sacado en Huesca. Fue en su conjunto un anarquismo de grupos, con una especial voluntad de coordinación y afirmación organizativa específica frente a la CNT. Fueron Buenacasa y los grupos de Zaragoza los que prepararon desde octubre de 1922 una reunión de grupos de toda España y hablaron de crear una Federación Nacional Anarquista. La reunión se celebró, efectivamente, en Madrid, el 18 de marzo de 1923: tuvo un carácter secreto y seguramente discutió sobre posibles represalias después del asesinato de Seguí y Paronas en Barcelona (el día 10 de marzo) y criterios de actuación anarquista dentro de los sindicatos.

El caso aragonés fue uno de los más claros en aquella situación llena de caminos de ida y vuelta a Barcelona, a los que me he referido en un principio. No se trata sólo de la relación publicista que mantuvieron muchos dirigentes con los órganos barceloneses de la CNT, ni de la regular presencia de catalanes en los actos de propaganda confederal. Se trata de constatar el elevadísimo número de aragoneses que pasaron a formar parte de las cúpulas dirigentes de la CNT en Cataluña y llegaron a marcar decisivamente la dinámica confederal desde Barcelona. Y se trata de constatar, asimismo, los repetidos «regresos» a tierras aragonesas, incluso mucho antes de la Guerra Civil, cuando la constitución del Consejo de Defensa de Aragón llevó a muchos «barceloneses» al gobierno de Joaquín Ascaso. Un caso paradigmático fue el de Manuel Buenacasa, reiteradamente citado. Pero la lista es extensísima. Algunos ejemplos: Miguel Abós, con un papel destacado en la constitución de la CRT de Cataluña y los sindicatos únicos, uno de los deportados a la Mola con Seguí en noviembre de 1920, instalado de nuevo en Zaragoza hacia mediados de 1922; Felipe Alaiz, que haría una indudable carrera barcelonesa

como periodista y publicista, pero que mantuvo actuaciones y relaciones intensas en Aragón; Ramón Acín, dibujante de vanguardia y el gran referente de la militancia anarquista y anarcosindicalista de Huesca, que contó con una presencia regular en Barcelona; Arturo Parera, que pasó de Zaragoza a Barcelona, para convertirse en un activo propagandista confederal, etc.²¹ Todo ello sin tener en cuenta el caso del famoso grupo de Los Solidarios, producto de una doble gestación en Zaragoza y Barcelona. En Zaragoza habían coincidido a finales de 1920 Durruti, Francisco Ascaso, Inocencio Pina, Torres Escartín, Gregorio Suberviela, etc.; también allí estuvo García Olíver a mediados de 1922.

El impulso confederal barcelonés en Valencia

Fue tenue la presencia valenciana en los congresos de 1910 y 1911. En el primer caso: Rafael Bernabeu (Alcoi: Unión Arte Fabril) y Rogelio Cantó (Alcoi: Tejedores Mecánicos «La Única»). En el segundo: de nuevo Rafael Bernabeu (Alcoi: Arte Fabril), Carlos Botella (Alacant: Pintores Decoradores «La Lucha»), Emilio Belloque, José Muros y Antoni Garrigó (Valencia: respectivamente, Ebanistas y Oficios similares, Operarios Hojalateros y Elaboración de Pan), así como Antoni Maronda y Josep Crespo (Unión Agrícola de Cullera y Centro Agrícola de Sueca)²². Ahora bien, la relativa dispersión

²¹ Significativamente, en un repaso rápido de las entradas incluidas en el *Diccionari' biografic del moviment obrer als Països Catalans*, Barcelona, Ed. Univ. de Barcelona y Pub!. de l'Abadia de Montserrat, 2000, he llegado a contabilizar unos cuarenta dirigentes con actuación en uno y otro lugar. Un caso de especial significación fue el de Ramón Acín, estudiado por TORRES, S.: *Ramón Acín (1888-1936). Una estética anarquista de vanguardia*, Barcelona; Virus, 1998.

²² Deberíamos contar quizás las adhesiones en 1910 de algunas sociedades obreras de Valencia (Elaboración del Pan, Arte de Varillaje para Abanicos, Torneros y Barnizadores de Madera, Ebanistas y Oficios Similares «La Solidaria»), Sueca (Centro Obrero), Pedralva (Unión Agrícola) y Alcoi (Hiladores Mecánicos «La Constancia»), así como la ya mencionada Tejedores Mecánicos «La Única»). Por su lado, en 1911: Valencia (Ajustadores, Forjadores y Ayudantes en Hierro, y el Comité de la Casa del Pueblo). Cfr., respectivamente, «III Congreso del Palacio de Bellas Artes (30 y 31 de octubre; 1 de noviembre de 1910)», *Revista de Trabajo*, núm. 47, Madrid, 1974, pp. 335 y ss., y «Primer Congreso Obrero de la CNT (8, 9 y 10 de septiembre de 1911)», *Revista de Trabajo*, núm. 47, Madrid, 1974, pp. 421 y ss.

y atomización del movimiento sindical estaba acompañada de una difusa presencia anarquista, más publicista y de agitación que no propiamente sindical, en algunas áreas, como iba a ponerse de manifiesto a continuación con estrépito y violencia en Cullera.

La prensa de principios del siglo había estado dominada por los esfuerzos más anarquistas y de librepensamiento. En Valencia se intentaron, con dosis de anarquismo individualista de corte nietzscheano, revistas como *El Corsario* (1902-1903), que debió dirigir José Alarcón, *Juventud* (1903) y *Vida* (1904). En aquellas publicaciones de difícil consolidación se reunieron, como estaba sucediendo en Madrid o Barcelona, colaboraciones de corte y debate intelectual de los más conocidos escritores anarquistas o no. A destacar, en este contexto, una cierta presencia de un anarquismo feminista con *Humanidad Libre* (1902) en el que colaboraron María Caro, Teresa Claramunt, Soledad Gustavo, etc. También fue fuerte, y con mayor continuidad, el publicismo derivado del discurso sobre la enseñanza racionalista. Primero con *Humanidad Nueva* (1907-1909), animada sobre todo por Samuel Torner y muy ligada al grupo barcelonés de la Escuela Moderna de Ferrer Guardia. Siguieron, pasados los hechos de la Semana Trágica de Barcelona y ejecutado Ferrer, *Escuela Moderna* (1910-1911) y *Humanidad* (1912), bajo el impulso de José Casasola. Como vemos en un caso y otro se trataba de una prensa que formaba parte del circuito del propagandismo más teórico del anarquismo hispano de principios de siglo.

Cierto cambio de rumbo empezó a notarse justamente hacia 1910-1911. Entonces se intentaron, después de muchos años, realizar algunos periódicos de especial atención societaria. Eso sí, en la provincia de Alicante, donde parecen haberse concentrado con mayor empuje los aires de renovación sindicalista que de algún modo venían de Barcelona, al relacionarse con la problemática del textil. Es el caso de *El Selfactinero* (1912), el órgano de los Hiladores Mecánicos de Alcoi, que dirigió Rafael Soler. Fue un claro antecedente de *La Fuerza* (1916-1917), defensor de las sociedades obreras que animaron también en Alcoi Soler, Juan Pastor y otros. Quizás fuera especialmente significativo *Liberación* (1912), un periódico anarquista y de propaganda sindical, con F. Aguado, que pretendió, sin éxito, convertirse en el portavoz de todos los grupos anarquistas de la provincia y apostar por la acción decidida de éstos dentro de los sindicatos.

La revitalización del movimiento obrero de reivindicación sindical que se produjo en tierras valencianas a partir de 1917-1918 tuvo

que ver, de forma básica, con la crisis abierta en los años de la guerra europea, que afectó de manera muy especial a sectores clave de su economía, muy notablemente en los transportes y la agricultura -una agricultura de exportación-, junto a los reductos del textil en Alicante. Ahora bien, en este marco, hubo una presencia muy concreta de propagandistas confederales barceloneses que tuvieron un claro papel en la inserción de una parte importante y mayoritaria de aquel movimiento sindical dentro de la CNT. El dinamismo del Centro Obrero de la Calle de los Ángeles de Valencia a partir de principios de 1918 contó en especial con la contribución de Eusebi C. Carbó (1883-1958), aquel periodista anarcosindicalista ilustrado que ya había tenido bastante repercusión a través de sus campañas en favor de la revolución mexicana desde el grupo «Regeneración» de Sabadell y la revista *Revindicación* (1915-1916), publicada primero en Sabadell y después en Barcelona, y en la que colaboraron entre otros Jaume Aragó e Higinio Noja Ruiz. En Valencia, Carbó aseguró, en un proceso parecido al de otros muchos lugares, la existencia de una prensa propia, a modo de portavoz del propagandismo confederal bajo los patronos anarcosindicalistas barceloneses del momento, y procuró ir presentando la construcción de la CNT como el producto de la necesidad de articulación básica y sindical de los trabajadores. Más aún, y como veremos a continuación, intentó, como también estaba sucediendo en Cataluña, aprovechar el fortalecimiento de las federaciones de oficio y sector para imponer la central sindical.

Su periódico fue, en un primer momento, *La Guerra Social* (1918-1920), en el que combinó colaboraciones de valencianos de Barcelona (por ejemplo, Roman Cortés) y valencianos de Valencia (por ejemplo, Josep Franqueza de Sueca), allado de los consabidos publicistas teóricos, como Josep Prat o Gastón Leval. Ahora bien, el alcance de su influencia iba a ser grandemente ampliada a raíz del traslado de *Solidaridad Obrera*, el órgano sindical de la CNT catalana por excelencia, a Valencia en febrero de 1919, a raíz de su suspensión forzada por la huelga de La Canadiense. En aquella *Solidaridad Obrera* valenciana (1919-1923) se reunieron los nombres básicos del propagandismo confederal de Barcelona y Carbó contó pronto con la participación de Josep Viadiu, uno de los miembros más destacados de lo que he llamado equipo de Salvador Seguí. También estuvieron Felipe Alaiz, Higinio Noja, José Pastor, Román Cortés, etc. Carbó debió dejar la dirección hacia mediados de 1922,

cuando pasó a Zaragoza, y fue sustituido entonces por el andaluz Juan Gallego Crespo.

Como es conocido, la organización de la CNT en el País Valenciano permitió a los propagandistas —y muy en especial los barceloneses— apuntarse el gran éxito de la declaración favorable a la CNT del VI congreso de la Federación Nacional de Obreros Agrícolas y Similares (resumida como Federación Nacional Agraria, FNA), reunida en Valencia los días 25-27 de diciembre de 1918. Fue el primer aldabonazo que parecía anunciar el camino de la expansión española de la Confederación. La FNA había sido creada a instancias de grupos barceloneses en Córdoba en abril de 1913, en el marco del sindicalismo unitarista y revolucionario que estaba difundiendo la primera CNT. Sin una afiliación global a ninguna central sindical, había celebrado con regularidad sus congresos, pero sin lograr evitar un descenso acusado de afiliaciones. La revitalización llegó a partir de 1917 y se basó en el crecimiento del movimiento sindical campesino en Andalucía y el País Valenciano. Significativamente, el congreso de 1918 había sido planteado inicialmente como un congreso exclusivamente regional valenciano, y fueron los propagandistas barceloneses —y el mismo Carbó— los que lograron que se ampliara su alcance. Fue una muestra más de los mecanismos de construcción de la CNT española. Hubo 57 delegados de 99 secciones y poco más de 25.000 asociados (aunque propiamente las organizaciones federadas no eran sino 53 con unos 10.300 afiliados). La delegación más numerosa fue lógicamente la valenciana (47 delegados, 35 secciones, 6.047 asociados, de los cuales 17 secciones y 2.468 no federados). Los principales hombres de aquel congreso fueron los valencianos Joan Almela y Antoni Cervera, los catalanes Joan Martí y Fidel Martí, el andaluz Sebastián Oliva, y, también, Eusebi C. Carbó, que llevó una representación de Sueca.

No fue difícil la adhesión a la CNT. Las discusiones más duras se centraron en cambio en la posibilidad de proclamar la desaparición de la propia federación agraria. La ponencia (los delegados valencianos Basilio Latorre —**Buñol**—, Pedro Cañada —**Sant Jordi**—, Miquel Balenguer y Luis Aliaga —**Alfajar**—, junto al catalán Joan Martí, de la federación barcelonesa) mantuvo una posición radical que apostaba por la desaparición. Se opusieron los anarcosindicalistas más representativos del cenetismo barcelonés del momento (con Carbó a la cabeza) y el principal dirigente de la federación valenciana, Almela.

Al final se impuso la transacción del andaluz Oliva, el secretario saliente de la FNA, que significaba aplazar la cuestión al debate del próximo congreso de la CNT. Un segundo tema general de discusión fue el de la unidad sindical. Se avanzó en el congreso algunas de las argumentaciones que iban a permitir el salto del unitarismo sindical a la defensa cerrada de la marcha independiente de la CNT. El congreso se manifestó a favor de la unificación de las centrales sindicales, pero la ponencia, de nuevo en manos de posturas radicales, pedía la «depuración» de la UGT y le exigía una «orientación puramente económico-social». Al final, nueva intervención de los sindicalistas catalanes y aplazamiento del tema en la confianza de que ya negociarían representantes de la UGT y la CNT²³.

Los obreros valencianos, incluidos en la llamada regional de Levante, representados en el congreso del Teatro de la Comedia de Madrid de diciembre de 1919, fueron 113.579, de 74 poblaciones; propiamente los afiliados a la CNT eran 108.748: algo más de 13.000 en Castellón, 69.000 en Valencia y algo más de 26.000 en Alicante. Su fuerza se situaba en segundo lugar, tras la regional catalana y por delante de la presencia andaluza. A destacar que en el congreso constitutivo de la CRT de Levante, reunido por aquellas mismas fechas, habían sido representados 142.943 obreros, cifra a comparar con el total levantino presente en Madrid, que fue de 136.354. La adhesión campesina había permitido ampliar el mapa geográfico de

²³ Pueden seguirse las actas de los congresos de esta FN de Obreros Agrícolas y Similares en el libro clásico de DÍAZ DEL MORAL, J.: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza, 1973. Como en otros casos, la historiografía específica sobre la CNT en el País Valenciano se ha centrado en los años de la II República y la Guerra Civil. Anotemos, sin embargo, aquí Cucó, A.: «Contribución al estudio del anarcosindicalismo valenciano», *Saitabi*, Valencia, XXII, 1972; CERDÁ, M.: *Els moviments socials al País Valencià*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1981, y PANIAGUA, X., y PIQUERAS, J. A.: *Trabajadores sin revolución. La clase obrera valenciana, 1868-1936*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1986. Además, y en particular, para Alicante, FORNER, S.: *Industrialización y movimiento obrero. Alicante, 1923-1936*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1982; AAVV: *El anarquismo en Alicante (1868-1945)*, Alicante, Instituto Juan Gil Albert, 1986, y MORENO, F.: *Las luchas sociales en la provincia de Alicante (1890-1931)*, Alicante, UGT, 1988. Hay indicaciones de utilidad para los años anteriores a 1930 en el trabajo clásico de VEGA, E.: *Anarquistas y sindicalistas durante la Segunda República. La CNT y los Sindicatos de Oposición en el País Valenciano*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1987. Para la prensa y sus hombres también he encontrado informaciones muy útiles en la tesis doctoral de MADRID, F.: *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, Barcelona, UB, 1989.

su implantación, aunque los ejes del movimiento continuarían siendo en gran medida urbanos alrededor de la ciudad de Valencia y las poblaciones importantes de la provincia y de Alicante y Alcoi. Así, aliado de la prensa valenciana ya mencionada hubo con continuidad y difusión una potente prensa sindicalista y anarcosindicalista en Alcoi. Primero fue *La Fuerza* (1916-1917), en manos de Rafael Soler, Pastor, Jorge Quiles, etc. Le siguió *El Comunista Libertario* (1920-1921), que vino a ser el equivalente alcoyano de *La Guerra Social* de Valencia, órgano anarquista y a la vez portavoz de los sindicatos. Finalmente, llegó *Redención* (1921-1923), órgano del sindicato único de trabajadores y portavoz de la CNT, que tuvo un impacto importante mucho más allá de Valencia y en el que se reunieron colaboraciones de destacados escritores anarquistas y anarcosindicalistas del momento: Juan J. Pastor, Agustín Gibanel, Mauro Bajatierra, Caro Crespo, Albà Rosell, Urales, Enrique Nido, Gastón Leval, etc.

En el caso valenciano destacó la pronta aparición y la larga duración de un movimiento anarquista de reflexión y elaboración doctrinal. Sin duda el sociabilismo anarquista y la penetración popular de una cultura de corte anarquista y libertario tuvo su máximo desarrollo ya bajo la Dictadura de Primo de Rivera y, sobre todo, en los años republicanos, pero en este período de la guerra europea y la inmediata primera posguerra aparecieron ya grupos y realizaciones importantes, continuadores de algún modo de algunas experiencias de la primera década del siglo. Hubo un movimiento vegetariano y naturista de larga duración que giró alrededor del grupo de la revista *Helios* de Valencia (1916-1939) y, por su lado, el publicismo doctrinal anarquista y anarcosindicalista, el mismo anarquismo individualista, contó con *Realidad* (1922) y *Alba Social* (1923), antes de llegar a la importante revista *Generación Consciente* (1923-1928), publicada en Alcoi, y las conocidas *Estudios* (1929-1937) y *Orto* (1932-1934) de Valencia.

En el juego de grandes tendencias, en el País Valenciano la tensión se estableció entre un anarcosindicalismo muy inclinado al simple sindicalismo que conduciría a la aceptación del trentismo y los Sindicatos de Oposición de los años treinta, y un anarquismo más filosófico y cultural, con alguna pretensión de pureza y ortodoxia. No quisiera, por lo demás, insistir en la importancia concreta de la referencia barcelonesa. Fueron muchos, como en el caso de Aragón, los valencianos (castellonenses y alicantinos) que formaron parte del

propagandismo barcelonés²⁴, y fueron también numerosos los valencianos que actuaron en Valencia después de haber mantenido una experiencia catalana²⁵.

Propagandistas anarquistas en las Islas Baleares

La generación ochocentista parece haberse también agotado en Mallorca. Así sucedió con los internacionalistas Sebastia Alorda y Guillem Arbós, zapateros, activos en la FTRE de 1881-1883 y con algún papel en la reconstrucción del cambio de siglo, dentro del Ateneu Obrer Mallorquí de 1890 y más adelante en algunos incidentes promovidos por el catalán metalúrgico Ramón Homedes que se encontraba en Palma en tiempos de las huelgas generales barcelonesas de 1901 y 1902. Antes de la oleada sindicalista, el anarquismo se mantuvo en el sindicato albañil (a través de Joan Ordinas) y el metalúrgico de Palma. Fueron éstas las sociedades de las Islas Baleares representadas en los congresos de 1910 Y 1911²⁶. El cambio partió de la influencia muy directa de Josep Negre y el sindicalismo revolucionario catalán, expuesto de manera sistemática por Negre en *El Rayo* (Palma, 1912-1914), un periódico que animaban entre otros Joan Ordinas, Jeroni Binimelis, Maties Prats, Antoni Ramis e, inicialmente, un socialista prosindicalista como Vicens Paul, y que había surgido impulsado por el Centro de Albañiles de Palma, para pasar a ser en enero de 1914 el órgano de la FR *Solidaridad Obrera* de las Baleares. Hay que valorar también el impacto de la presencia de Salvador Seguí en campaña de propaganda en marzo de 1913, en el marco de la llamada campaña pro Queraltó, aquel médico republicano catalán que había sido denunciado por sus opiniones acerca del tratamiento dado a la tuberculosis. Coincidió con unos

²⁴ Algunos ejemplos de valencianos convertidos en propagandistas confederales en Barcelona, anotados sin demasiado orden: Emili Mira, Severino Campos, Medina González, Manuel Sirvent, Francisco Arín, Francisco España, los múltiples miembros de la familia Ródenas, Josep Peirats, Ricardo Sanz, Santiago Tronchoni, etc.

²⁵ También aquí algunos ejemplos escogidos al azar: José Morales Tebar, Carlos Botella, Josep Andreu, Prudencia Caja, Cano Carrillo, Román Cortés, Josep Crespo, Progreso Fernández, Juan López, los andaluces de residencia valenciana importante Gallego Crespo y Naja Ruiz, Diego Parra, etc.

²⁶ Ordinas (en nombre de Centro de Albañiles de Palma) estuvo en ambos. «La Metalúrgica» hizo constar su adhesión en 1910.

años de crisis interna en el socialismo mayoritario, a la greña los zapateros Llorenç Bisbal y Jaume Bauzà por marcar una línea de actuación renovada del movimiento obrero ante la crisis de la industria mallorquina del momento. Primero fue Bisbal, quien en su empeño por estructurar el movimiento en toda la isla, flirteó con el sindicalismo; finalmente, en 1914, sería Bauzà quien se marchase del partido y pasase a encabezar durante unos años el sindicalismo de base anarcosindicalista ²⁷.

Distinto, aunque con parecido agotamiento del ochocentismo anarquista hacia 1916-1917, fue el caso de Menorca. Aquí la figura de referencia -con múltiples relaciones en el mundo anarquista peninsular- fue el maonés Joan Mir i Mir (1871-1930) que aseguró una revista de prestigio, *El Porvenir del Obrero* (1899). Impulsó un societarismo más o menos sindical, y en especial el de la industria del calzado, compatible con el librepensamiento, las escuelas racionalistas, la masonería y que aparecía en el fondo como un movimiento complementario del republicanismo popular de base federal. Un sindicalismo y una Federación Obrera Mahonesa, creada el 6 de julio de 1918, en realidad poco abocados a la disciplina de una central y por tanto siempre reticentes ante la estructuración fuerte interna.

Como hemos visto en otros lugares, en Mallorca la situación económica y política de los años de la guerra europea llevó también el mundo obrero al sindicalismo reivindicativo y a los propagandistas al revolucionarismo social, la crisis política y social que siguió al armisticio de 1918 en toda Europa... Aquí, como pronto veremos para el caso de Zaragoza, la primera potencia que se situó en un organismo unitario de un movimiento sindical en ascenso a partir de 1918. La FL de Soc Obreres. Tanto la FOM como la FL de SO de la CdP de Palma eran entidades autónomas y en ella coexistían afiliaciones -pocas- con la UGT, y algunas -menos- con la CNT, aunque estuvieran bajo influencia anarquista. En Palma el cenetismo tuvo su primera expresión renovada en el Ateneo Sindicalista, creado en marzo de 1919, que supo publicar un buen periódico, *Cultura Obrera*, a partir de agosto (1919-1924).

²⁷ Cfr. una explicación más detallada de este enfrentamiento y de la situación del movimiento obrero mallorquín en aquellos años de la Primera Guerra Mundial en GABRIEL, P.: *El moviment obrer a les Balears* (1869-1936), Palma, Documenta Balear, 1996, pp. 23 Y ss. También, GABRIEL, P.: *El moviment obrer a Mallorca*, Barcelona, Curial, 1973.

El propagandismo estuvo en manos de algunos hombres veteranos y otros más jóvenes, que recibieron ahora el impulso de unas estrechas relaciones con Barcelona. Se vieron inmersos en la actuación al lado de una nueva generación más «sindicalista» que no anarquista, producto de los aires unitaristas que ya he comentado. La nueva generación en Palma partió de la construcción, el muelle y ahora una sorprendente penetración en la industria del calzado. Ahora bien, lo nuevo fue el notable éxito que tuvo la propuesta anarcosindicalista en algunos pueblos importantes como Inca (el calzado), Manacor (la ebanistería) y Sóller (el textil). La expansión se había iniciado de todas formas a partir de la constitución ese mismo año 1919 de un Sindicato Provincial de la Construcción, impulsado por un anarquista veterano, Miquel Rigo, que rompió con el unitarismo de la Casa del Pueblo de Palma y llevó el sindicato a la CNT (serían expulsados el abril de 1920).

A pesar de que existió también en Mallorca una corriente sindical «unitarista» que se resistía a romper con la Casa del Pueblo (madera y metalurgia), la existencia de *Cultura Obrera*, creada desde el Ateneo Sindicalista en 1919, y dirigida, sucesivamente, en su primera época (hasta 1924) por el maestro Antoni J. Torres y el zapatero Cosme Salva, facilitó la revitalización de un circuito propagandista anarquista. Los más activos publicistas y agitadores mallorquines fueron junto a Miquel Rigo y los ahora mencionados Cosme Salvà y Antoni J. Torres, los también albañiles (como Rigo) Antoni Salvà y Andreu Quintana, el zapatero Antoni Bestard, etc., que configuraron un propagandismo anarquista (no sólo sindicalista) basado en grupos como el de Sembrando Flores y Los Intransigentes. Contaron además con algunos peninsulares recién llegados de Barcelona como Joan Perona y Antonio Sánchez en 1919. Fueron ellos los que impulsieron la marcha de la Casa del Pueblo de Palma y la constitución primero de la Federación Regional del Trabajo de Mallorca (la FRT de Mallorca, en 1920, con Jaume Bauzà de secretario, sustituido el 1921 por Rigo) y, ya en octubre de 1922, la Confederación Regional del Trabajo de Baleares.

El impulso de la situación posbélica, y la relación muy estrecha con Barcelona, había trasladado a Mallorca el esquema y la propuesta anarcosindicalista del cenetismo catalán. En este sentido el propagandismo barcelonés fue especialmente decisivo. Primero fue la relación y la propaganda a través de las federaciones de oficio, como

las de Josep Viadiu en ocasión del congreso de los obreros de la piel en marzo de 1920, y la de Joan Peiró y Francesc Comas, «Paronas», del vidrio en junio del mismo año; también, la de Antoni Vidal, «Vidalet de la Fusta», y Josep Maria Ciurana, en ocasión de la huelga general de los carpinteros en noviembre. La propia permanencia de Seguí y otros deportados de la Mola tuvo una especial incidencia: desde allí fueron múltiples las relaciones mantenidas con dirigentes mallorquines, fue intensa y regular la correspondencia, en alguna ocasión hecha pública de Seguí y Paronas. Además, al salir del confinamiento, Seguí, junto al valenciano Josep Crespo Solanes (el dirigente anarquista de Cullera), se entretuvo en hacer una intensa campaña de propaganda por la isla, en septiembre de 1922. A continuación hubo la presencia de Antonio Amador y Arturo Parera en octubre de 1922. Amador quedó unos meses en Mallorca y tuvo una parte destacada en la redacción de los dictámenes del congreso de la FTR de Mallorca, constitutivo de la CRT de Baleares, y después en el de la FO de Menorca en diciembre; en mayo de 1923 repitió una amplia estancia en Menorca, ahora al lado de Sebastia Clara. Hubo más, por ejemplo en este mismo 1923, la presencia de Doujó en la campaña pro amnistía de los presos confederales en marzo y la de Rosario Dulcet en relación a la huelga textil de julio²⁸.

Tuvo, también como en otros lugares, una especial incidencia la cuestión tercerista. La nueva generación sindical se vio deslumbrada por la situación rusa y la apuesta por la Tercera Internacional rompió la UCTy estuvo en la base, en distintos lugares, de la propia expansión y configuración de la CNT. En Palma los tercerista pasaron a dominar el removido movimiento sindical y controlaron la Casa del Pueblo. Ello permitió el acercamiento al cenetismo y la vuelta de algunos sindicatos de influencia anarcosindicalista a lo largo sobre todo de 1921 [en julio de 1921 la FSO de la CP adhirió ISR (bajo la presidencia de Ignasi Ferretjans, otro albañil)]. La confusión, sin embargo, empezó a clarificarse el nuevo año: por un lado, los socialistas-reformistas- se hicieron de nuevo con el control de la Federación de la CP (mayo) y, por el otro, tras la conferencia de Zaragoza de junio de 1922 de la CNT, el anarquismo más ortodoxo terminó

²⁸ Cfr. en especial las informaciones contenidas en *Cultura Obrera*, entre septiembre de 1922 y julio de 1923. No incluyo aquí las también regulares relaciones publicistas con Barcelona a través del propio órgano de prensa; fue especialmente activo el corresponsal Miquel Sampol.

ya con las ambigüedades del unitarismo de base sindicalista e impuso, como acabamos de mencionar, la ruptura y la constitución de la CRT de Baleares, bajo la dirección de Rigo.

En Menorca el unitarismo y su decantamiento ante el cenetismo se mantuvo también con fuerza y permitió una coyuntura de afirmación anarcosindicalista más allá del anarquismo ochocentista y tradicional. Aunque en este caso, la novedad de fondo fue el que Menorca se incorporase a una dinámica balear el 1918-1923. La ruptura, algo escandalosa, de parte del movimiento obrero de Mahón con los republicanos (que detentaban como en otras muchas ocasiones el poder municipal) favoreció la aparición de una fuerza psoísta en 1919. De todas formas, la FOM se mantuvo al margen de la UGT y se vio también en Menorca una renovación anarcosindicalista cenetista, que rompía bastantes de los parámetros del anarquismo de base ochocentista, siempre dado a complementar el republicanismo y moverse en los márgenes de una cultura política de izquierdas democrática y librepensadora. Ahora la presencia de los deportados barceloneses de la Mola y la propia existencia de la FRT de Mallorca y la CRT de Baleares permitieron incluso una adhesión -coyuntural- del IV congreso de la FOM a la CNT (Es Castell, diciembre de 1922). Ahora bien, como en tantos otros lugares pronto las cosas volvieron a su cauce y el anarcosindicalismo se diluyó en beneficio del anarquismo más doctrinal y tradicional, que mantenía una existencia de largo alcance cronológico en Es Castell (Villacarlos) y, sobre todo, Alaior. Aquí muy significativamente se mantuvo el principal órgano de expresión, *La Buena Semil!*, y una escuela racionalista o libre por la que pasaron como maestros responsables hombres y propagandistas como José Alberola y Josep Xena. A destacar también en Mallorca la presencia del discurso racionalista sobre la enseñanza, y unos reiterados intentos de lanzar escuelas racionalistas, especialmente en Inca. Tuvo seguramente una especial incidencia Manuel Badia Vidal, el maestro racionalista de Barcelona, que mantuvo una regular relación publicista y personal con Palma e Inca entre agosto de 1919 y finales de 1920. Significativamente, el dominio mayoritario ugetista dotaba al cenetismo de un alto contenido anarquista, más publicista y genérico que no anarcosindicalista. Es lo que sucedió en Mallorca. La pérdida de la batalla ante el ugetismo y el socialismo mutualista del PSOE en la isla a partir de 1922 acentuó y dio mayor protagonismo al anarquismo propagandista, del lugar o no. Ello expli-

ca el paulatino retorno al redil psóista de hombres como **Jaume Bauzá** o **Ignasi Ferretjans**, que habían sin duda flirteado con el anarcosindicalismo en aquellos años de discursos sobre crisis social y revolución.

Pequeño epílogo

De forma bastante deslabazada y sólo con explicaciones fragmentarias, he intentado plantear hasta aquí unas pocas cuestiones generales que afectan a la etapa inicial de configuración de la CNT entre 1910 y 1923. Me ha interesado destacar algunas pautas, reiteradas en distintos lugares, en el proceso de adhesión del movimiento sindical a la CNT entre 1917-1919. Para empezar, la gran importancia de un tema posteriormente olvidado como el del debate alrededor de la unidad sindical y la unificación sindical del proletariado. Asimismo, el papel determinante de las federaciones de oficio y sector en el proceso inicial de construcción de la CNT. A todo ello le da, sin duda, sentido la aparición de un potente grupo de propagandistas confederales, en los que iban a entremezclarse voluntades de galvanización sindical o de difusión e imposición doctrinal anarquista y llamamientos al enfrentamiento abierto y violento. Finalmente, queda la cuestión del referente barcelonés, un referente cierto que, más allá de la simple relación publicista o genérica, tuvo un carácter extremadamente personal, de idas y venidas, de contactos y experiencias compartidas, en el caso que aquí nos ha ocupado: entre Cataluña, Aragón, País Valenciano y Baleares.

